

## Capítulo 5

A ella le temblaron los labios de náufraga, como si fuesen pétalos de rosa, mecidos por la brisa y se incorporó al juego, mientras él y la noche abrían luces de pasión. ¿Y si la abrazaba? Él ni siquiera lo insinuó o lo dijo, y como quienes buscan refugio, los fundió la intimidad. Se besaron enardecidos, ansiosos de allegar fuego al encuentro, tras la exploración de caminos de gloria.

Para demostrar audacia, él ansiaba encontrar la copa de cristal donde beberla. Sus manos se movían como peces alborotados tras el sustento, aunque sabía por dónde escudriñar. Subían y bajaban por el continente femenino. El río próximo allegaba el murmullo de su intenso caudal. La suavidad de la piel de hembra náufraga lo estimulaba, le producía convulsión, deseos de acercar sus labios a la promesa. Al alocado ritmo de su respiración entrecortada.

¿Por dónde continuar la búsqueda? Dijeron salud y bebieron el vino escanciado en copas de cristal. Al llegar la embriaguez, se entregaron al amor, escondido en la buhardilla del deseo.

Días después escampaba y Luis Onfrey, el amigo de

Javier, aparecía en su camioneta a buscarlo, para concurrir a la feria de artesanos de Carahue. Se puso a llamar a gritos a Javier Alcántara, advirtiéndole que iba a volver a llover y el camino se podía borrar.

—Vamos a tener un temporal de mierda, compadre y bien puede llover al revés.

Cuando Luis vio a la mujer que al escuchar los gritos se asomaba a la ventana, pensó que bien podía ser una de las hijas del amigo.

—¿Quién es ella, compadre? —indagó, mientras Javier cargaba sus artesanías, puestas en un baúl.

—Hace casi dos semanas, la encontré en el meandro del río donde suelo pescar, y si no la ayudo, se ahoga.

—¿Se ahoga has dicho y que la encontraste a orilla del río? Amigo; nunca te detienes de fantasear e inventar historia.

—Así es.

—A otro tío con esas mentirillas. Bueno, te felicito por el hallazgo y que, por muchos años, te dure la compañía.

Los hombres abordaron la camioneta, mientras reían y hablaban del clima, incluida las banalidades. Enfilaban hacia el oriente bordeando el río por un atajo, y enseguida, cruzaban un bosquecillo. Más adelante se abría el camino principal. Al cabo de media hora, arribaban a la feria. Vendían sus

productos, adquirirían vituallas y en la noche, concurrían a una fonda a comer y divertirse, donde acostumbraban alojarse en compañía de mujeres, que socorrían sus necesidades.

A la mañana siguiente, regresaban al hogar. A Javier lo recibió Tintín, que ladraba como si alguien le hubiese propinado bastonazos en el lomo. Luis, durante el viaje de ida y vuelta, felicitaba al amigo hasta la majadería, por haber encontrado aquella mujer de ensueño, para mitigar la soledad. De la camioneta, Javier bajó un canasto de víveres, un paquete enorme y se despidió de Luis, que raudo reanudó el viaje y desaparecía al enfrentar una curva.

Tintín no se detenía en dar brincos al sentir el olor a comestible. El hombre entró al hogar, dominado por las ansias de ver a la mujer, pero no la encontró. Por momentos pensó que había sido inoportuno haberla dejado sola, aunque ella cuando se enteró que Javier viajaría a la feria, mostró tranquilidad.

Quizá había ido ahí cerca durante esa hora de la mañana. Se alertó al sentir ruidos en el cobertizo. La cabra quería beber agua y el pocillo se hallaba seco. Tintín seguía a su amo donde fuere y su actitud no era de preocupación. Entonces, Javier recordó cuando se despedía de ella y la aconsejaba a no salir de la cabaña.

—Te voy a traer de la feria, ropa adecuada y zapatos —le comentó, mientras le medía el pie y enseguida, se atrevía a darle un beso en la frente.

Como quien busca una aguja en el pajar, Javier iba de un extremo a otro de la cabaña. No había indicios de ella. De no encontrarla se lamentaría por haberla dejado sola en un medio, donde la hostilidad acecha.

—Tintín, Tintín; —le habló al perro— tú tienes que saber dónde se halla nuestra huésped. ¿La has visto, acaso?

Después de acomodar los víveres en la despensa, se dirigió al dormitorio que ella ocupaba. La pieza permanecía en orden y su pijama puesto sobre el respaldo de una silla. La mujer debía hallarse cerca de ahí. Lo intuía. Enseguida, sobre una banqueta de la salita, puso el paquete envuelto en papel de regalo.